Todos los Santos – Llamados a ser santos

Es probable que esta solemnidad haya tenido su origen en el culto a los mártires en la Iglesia antigua. En aquellos primeros siglos, marcados por las persecuciones, dar la vida por Cristo era visto como el testimonio supremo de la fe ("martirio" significa "testimonio"). Pero, además, la figura del mártir era muy diferente a la de los héroes paganos: éstos eran siempre parte de una élite social, mientras que el martirio era un ideal que hoy llamaríamos "inclusivo": los mártires provenían de todas las clases sociales, varones o mujeres, jóvenes o viejos. Pronto surgieron fiestas locales dedicadas a todos los mártires (no sólo los más conocidos sino también los anónimos) y, finalmente, el culto se extendió a todos los santos, aunque no hubieran sido llamados a dar su vida por Cristo. Como dice San Agustín en su homilía para la fiesta de San Lorenzo, diácono y mártir: «Tiene, hermanos, tiene el jardín del Señor no solamente las rosas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes, las hiedras de los casados y las violetas de las viudas. Que nadie, amadísimos, cualquiera que sea su condición, desespere de su vocación: Cristo padeció por todos».



Fra Angelico, *Predella del retablo de Fiesole*, 1424-1425

Pero esta convicción se fue oscureciendo con el tiempo, la santidad se fue identificando con la vida religiosa, y el hecho de no poder imitar literalmente los ejemplos de los santos los fue alejando de la vida ordinaria de los cristianos. Aun hoy, el culto a los santos se centra más en su poder de intercesión que en su testimonio de vida. El Concilio Vaticano II intentó recuperar el ideal de la santidad para todos los bautizados, enseñando la "vocación universal a la santidad", y en esto han insistido los sucesivos pontífices (como Juan Pablo II en su encíclica sobre los laicos, *Christifideles laici*, 1988).

Pocos años atrás, el papa Francisco se hizo eco de esa doctrina en su exhortación *Gaudete et exsultate* ("Alegraos y regocijaos", 2028). Allí, Francisco menciona la dificultad de muchos creyentes para asumir la vocación a la santidad, debido a la imposibilidad de reproducir las virtudes heroicas de los santos. Pero señala que la santidad es un camino personal, y que no consiste en un esfuerzo individual, porque estamos insertos en una comunidad de gracia. Los santos no solo se encuentran en el Cielo o en los altares, sino entre nosotros: "los santos de la puerta de al lado".

Y toda la exhortación gira sobre una idea fundamental: el camino de la santidad y de la felicidad verdadera son el mismo camino. Tal es el mensaje de las Bienaventuranzas, a las cuales el documento dedica una detenida consideración. Ellas comienzan diciéndonos lo que la felicidad verdadera *no* es: no está en el tener (felices los pobres), no está en el placer (felices los que lloran), no está en el poder (felices los mansos). Está, en cambio, en buscar la voluntad de Dios (los que tienen hambre de justicia), en abrirse al sufrimiento de los demás (los misericordiosos), en tener un corazón orientado hacia Dios (los puros de corazón), en construir la paz (pacíficos), en la fidelidad al Evangelio que no se deja engañar por los halagos del mundo (los perseguidos).

Como enseña el Catecismo, las bienaventuranzas "dibujan el rostro de Xto", son un retrato de su alma. Son "actitudes de la vida cristiana" que están a nuestro alcance cualesquiera sean las circunstancias de nuestra vida. Son "promesas paradójicas", porque no excluyen el sufrimiento o el esfuerzo, pero nos permiten asumirlos en la esperanza, porque son "recompensas ya incoadas": estas actitudes son ya nuestra felicidad, somos ya bienaventurados, aunque esa condición se manifestará plenamente solo en la vida eterna (éste es el mensaje de la segunda lectura: "aún no se ha manifestado lo que seremos…", 1 Juan 3,1-3). Y las bienaventuranzas "quedan inauguradas con la vida de la Virgen María y de todos los santos".

Pese a las apariencias, nuestra cultura actual tiene una visión pesimista de nuestra condición, parte de la idea de que lo que somos no puede cambiar, por eso no nos queda otro camino que afirmarnos a nosotros mismos a través del "orgullo": "estoy orgulloso de mí mismo tal cual soy". Se excluye así todo anhelo de trascendernos, toda aspiración a la verdad, al bien, a la santidad y a Dios. La Sagrada Escritura, en cambio, mira de frente, con realismo, nuestra condición caída, pero al mismo tiempo nos anima a la conversión y nos abre a la esperanza. "vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero" (Apocalipsis 7). Es la visión de la "Iglesia triunfante", a la cual estamos vitalmente unidos nosotros que peregrinamos todavía en este mundo, y también aquellos que recordaremos mañana, los difuntos que se purifican para unirse a los santos del Cielo.

La solemnidad de la Comunión de los Santos es una oportunidad para recuperar estas verdades con su mensaje de esperanza: todos llegaremos a ser parte de la Iglesia triunfante si comprendemos que el camino de la santidad es el camino de la verdadera felicidad, de la bienaventuranza.

P. Gustavo Irrazábal

1-11-2026